

UN CABALLERO EN BUSCA DE DRAGONES

Peter Sellars

Gerard Mortier fue un impulsivo visionario de la ópera, que transformó este arte no por un montaje en concreto o un repertorio, sino por una actitud. Dondequiera que estuvo e hiciera lo que hiciese, sabías que sería emocionante. Su sello era garantía de retos, de compromiso, de placer, y de esa clase de aventura nutrida y hecha posible por una profunda convicción y un hondo conocimiento.

Ninguno de los que conocimos a Gerard y trabajamos con él volverá a ser el mismo. Su visionaria, siempre práctica y generosa presencia animaba cada conversación, cada ensayo, cada proyecto. Quizá de forma más sorprendente, muchos de los rivales, críticos y adversarios de Gerard tampoco serán los mismos sin él. Ellos también hicieron lo que hicieron y hacen lo que hacen como respuesta a la visión de Gerard, a su liderazgo y reto permanentes. Esa peculiar brillantez suya

será tan vital y finalmente influyente tanto para sus amigos como para sus enemigos.

El don poco común de Gerard radicaba en su sentido de una delicada alquimia para la colaboración. La mayoría de nosotros hemos conocido a los socios artísticos más importantes de nuestras vidas gracias al inspirado entendimiento de Gerard y a su elegante invitación. Los resultados podían ser vistos y escuchados en el escenario, pero mucho del compromiso y la innovación de Gerard se quedó entre bastidores. Al mismo tiempo que él agrandaba, abría y llenaba los espacios públicos del teatro de la Monnaie y del Festival de Salzburgo con arte y con luz, también rehacía los baños, creaba nuevos espacios de ensayo y abría una nueva cantina para los artistas y para el personal que finalmente servía buena comida. Siempre cuidó de aquella gente que es desconocida para el público, pero que crea y sostiene la intrincada ecología del oficio y lo que representa, así como el bienestar que eleva el ambiente y ennoblece la calidad del resultado.

Este hombre delicadísimo y profundamente culto también fue un luchador. Su naturaleza de caballero demandaba dragones y, si no estaban allí, los había de crear. Su afilada lengua y una base moral incuestionable le creaba enemigos allá donde fuera. Pero su espíritu luchador no caía en la mala gana o se deprimía. Su deleite por la batalla provocaba su gran ingenio, su malvado sentido del humor, su osadía y finalmente su sorprendente equilibrio. Ese inapagable júbilo dotaba de energía todo lo que hizo. Así pues se regocijaba en la batalla, así como se complacía con la comida, los buenos hoteles, los amigos, el arte y los altos ideales.

Invitaba a los artistas a cenar la mayoría de las noches por el simple placer y el estímulo de un juego intelectual de espadas,

buen chismorreo y vino, y un excelente servicio. Él apreciaba las cosas mejores de la vida, y esto incluía a las personas. Tenía buen ojo para los talentos jóvenes, y así era su oído para los cantantes emergentes, un nuevo director musical o buenos argumentos. Leía constantemente y se ponía en el corazón de conversaciones que trataban sobre el futuro de Europa. Él encarnaba el ideal europeo —brillando con el furor del entendimiento, cultivado, lleno de matices, y con una continua postura progresista que era el culmen de un legado filosófico ganado a pulso—. Y la tradición.

Una tradición importante es el escándalo. Gerard sabía que era bueno para el negocio. Entendía que las respuestas furibundas y las críticas devastadoras garantizan un lugar en la historia y aseguran que se hablara de ti. Él sabía que las opiniones humanas tienden a mutar y que una controversia encendida es una oportunidad que empuja para que se tome partido. Y entonces la naturaleza humana, siendo como es, hace que ambos frentes comiencen silenciosamente a mutar. Gerard se deleitaba en la provocación cuando se enzarzó con algunas de las instituciones e individuos más conservadores de Europa, y eso da testimonio de su valor y confianza en sí mismo. Quizá su obra de arte más grande fueron las ruedas de prensa. El entusiasmo que fluía en sus comparecencias públicas, su deslumbrante presentación de las agendas artísticas, el fuego intelectual que a floraba a sus ojos y las virtuosas réplicas a sus detractores hacían de cada rueda de prensa una ocasión inolvidable.

Fue un maestro del presupuesto creativo. Gerard estructuraba el dinero disponible alrededor de las prioridades creativas, y no al revés. Su insistencia en que la economía sirviera a los ideales de la sociedad estaba imbricada en cada plan financiero. Los recortes de presupuesto para la cultura en España en los últimos

años fueron muy dolorosos; pero Gerard respondió con optimismo, con responsabilidad, con temporadas de una ambición artística que dejaban sin respiración, no se dejó intimidar por las presiones financieras y salió a flote con sus convicciones más profundas intactas a los ojos del público.

Posiblemente nadie dirigió un teatro de ópera antes de Gerard con una convicción tan profunda en las posibilidades del arte. Gerard creía firmemente que la ópera era una contribución al bienestar político y social y no un artículo de lujo. Su discernimiento artístico consistía en llevar hasta el final los más altos estándares en las propuestas escénicas y en el más grande refinamiento artístico; pero creía apasionadamente que este producto de altísima calidad pertenecía, precisamente por estar tan bien hecho, a cada uno de los ciudadanos. Él creía que era derecho de todos los ciudadanos participar en los mayores logros de una cultura democrática, una cultura que por definición abraza la controversia y eleva el diálogo. El hijo del panadero sabía que la música era un sendero que llevaba hacia adelante y hacia arriba.

Una ojeada a las temporadas de la mayor parte de los teatros de ópera revela una lista bastante aleatoria de títulos. Una temporada elaborada por Gerard Mortier estaba en cambio construida alrededor de obras con contenido, que contribuían a un debate mayor y que tomaba partido sobre las más grandes preocupaciones que afronta hoy la humanidad. La ópera, como la imagina y la presenta Gerard Mortier, no era una opción de entretenimiento, sino una encarnación esencial de la misma sociedad que se levanta sobre el terreno de la confrontación y el regocijo. Los conflictos y las contradicciones se traducen en una fuga con múltiples voces y de diferentes niveles que toca la trascendencia.

ARGUMENTOS DE UNA DRAMATURGIA

Mar Fosca

Una buena tarjeta de presentación de Gerard Mortier (Gante, 1943 - Bruselas, 2014), uno de los gestores culturales más relevantes en el panorama de la ópera del siglo xx en Europa, es el libro que escribió para dar forma a su ideario bajo el revelador título *Dramaturgia de una pasión*. En él, este audaz flamenco —no en vano el lema de su escudo nobiliario reza *In audatia veritas*— compendia la esencia de sus reflexiones sobre el arte de la ópera. De la pasión por la música, por el canto y la dramaturgia surge el deseo de llevar el mensaje de su valor transformador a la sociedad.

Desde una visión humanista entendida como compromiso, Gerard Mortier abraza la causa de la ópera como un modo de hacer política, siempre con la idea de la polis griega como puntal. Una profesión de fe, la suya, vital e intelectual, en la que la concibe como un arte capaz de sacudir las conciencias, cuestionar

los valores de la sociedad actual y situarse en la vanguardia de los movimientos artísticos. Para ello incorpora a creadores de todas las disciplinas en la construcción de sus espectáculos. Puestas en escena concebidas en el contexto de una programación coherente, que presta especial atención a la música del siglo XX y busca abrirse a otros públicos.

Su trayectoria nos muestra a un flamenco cosmopolita que ha bebido en las fuentes que construyen la Europa actual, a la que él también ha contribuido. Su carrera así lo perfila: sus primeros pasos en el mundo de la música van unidos al director de orquesta Christoph von Dohnányi y al compositor e intendente musical Rolf Liebermann. Y cuando se pone al frente del teatro de la Monnaie de Bruselas, para gobernarlo de 1981 a 1991, lo convierte en la meca de la lírica para los aficionados en busca de una visión renovadora.

El éxito de este rompedor experimento lo lleva después a uno de los santuarios de la música culta: el Festival de Salzburgo. Durante los diez años que lo dirige lo situará en las antípodas de su antecesor. Que aceptara el reto, tras el paso de una estrella de tan fuerte personalidad como Herbert von Karajan, y en una ciudad tan conservadora como Salzburgo, demuestra el gusto por el riesgo, la provocación y la fe de este intelectual en su defensa de la cultura en una Europa sin fronteras. Porque ninguno de los pasos que da es ajeno a la polémica. Para el hombre de acción, la confrontación es un acicate en la defensa de un ideario que trasciende lo cultural y se sitúa en el centro del debate político.

Tras Salzburgo, Gerard Mortier se sumerge en uno de los más estimulantes proyectos culturales europeos: la puesta en

marcha de la Trienal del Ruhr de 2002 a 2004. Este nuevo festival internacional de las artes, que parte de la regeneración de una zona minera en decadencia como era la cuenca del Ruhr, constituye para él uno de los retos que mayores satisfacciones le reportó, gracias a la posibilidad de investigar y experimentar fórmulas nuevas.

Y de la cuenca minera del Ruhr, a la ciudad de las luces: la Ópera de París. Allí, durante cinco años, Gerard Mortier rejuvenece con su programación al público y demuestra que el género sigue vivo tanto si se enmarca en el *glamour* y esplendor del Palais Garnier como en el funcional y moderno Théâtre de la Bastille.

Bélgica, Austria, Alemania, Francia... Es el periplo europeo de un cosmopolita que, ni por asomo, imaginaba que acabaría sus días en un lugar tan periférico como España. Pero aquí recaló en 2010, por avatares de la casualidad —él iba camino de la Ópera de Nueva York cuando la crisis torció su rumbo—. Y durante cuatro años, como director artístico, se entregó en cuerpo y alma a situar al Teatro Real en la órbita internacional en pie de igualdad con el resto de los principales teatros del panorama lírico.

Su fugaz y agitado paso por España ha dejado una huella imborrable en la cultura musical del país. Su legado, pese a lo breve y por tanto cercenado, queda ahí para todos aquellos que quieran disfrutarlo desde la apertura y la mirada sin prejuicios.

Y este ha sido precisamente el criterio —la «dramaturgia», podría decirse— con el que se han reunido los textos que surgieron en su incansable afán por difundir el valor de la ópera más allá de las puertas del teatro. Textos todos ellos accesibles

en los medios públicos como periódicos y revistas, en las redes —internet, youtube— y al abasto de cualquier aficionado interesado en profundizar en el pensamiento que sustentaba su acción. Empeño en el que no cejó pese a las limitaciones a las que la recién incorporada lengua, el español, le impuso, sobre todo en las exposiciones frente al público. Una y otra vez insistió en el papel de este arte como revulsivo de conciencias y motivo de cavilación política en tiempos de adversidad para el pensamiento.

En estos textos, que muestran la amplitud de sus intereses, se recogen sus inquietudes y pensamientos esenciales sobre diversos aspectos relacionados con la cultura. Estos abarcan desde la política hasta los detalles más sutiles de una partitura, sin olvidar la importancia de la arquitectura de los teatros, la influencia de las obras literarias en los libretos e ideas de los compositores y, en suma, la interrelación de todas las artes en el culmen de su conjunto: la ópera.

En sus charlas, conferencias y textos, Gerard Mortier no pretende demostrar ninguna tesis nueva sobre ningún compositor o artista, ni analizar con la mirada detallista del entomólogo cada fragmento de una obra. Él quiere transmitir, comunicar la pasión por el motor de su existencia, y para ello pone el acento sobre los aspectos que le motivan, ilusionan y arrebatan. Todo ello con vehemencia y sin temor a la controversia, con una vasta cultura siempre al servicio de su causa.

Con su inagotable energía procuró contagiarnos su entusiasmo por esta «religión de lo profano» que para él constituyó el teatro. Intentó, en su amor por la ópera, proporcionar al espectador elementos que lo ayudaran en el viaje iniciático hacia

el corazón de la música. Y eso es lo que el lector encontrará en estas páginas.

Hablando de uno de sus compositores predilectos, Olivier Messiaen, y de su *Saint François d'Assise*, afirma que «lo que parece ingenuo requiere coraje, fuerza, disciplina...». Estas son también cualidades que distinguieron a Gerard Mortier y que lo convierten en una figura singular en el panorama de la ópera de las postrimerías del siglo xx y principios del xxi.